

las voraces llamas del Etna ni los terribles rayos de las nubes tonantes; achicado, encogido, receloso, próximo á un arrepentimiento, se parecía, sí, al águila, pero al águila en una jaula. Mientras tanto, Melanchton, lleno de juventud, de gracia, de elocuencia, de erudicion; seguido por los escolares, agasajado por los doctores, puesto en la cumbre de la gloria por la escuchada palabra de Erasmo, recomendado por Reuchlin, transformado é idealizado casi en el comercio continuo con las letras antiguas, oráculo del Renacimiento, lumbrera de la Alemania, sin enemigos y sin contradictores, parecía el astro primero de su tiempo, en torno del cual iban necesariamente á gravitar todas las altas inteligencias de Alemania. Pero bien pronto, el ardor de la lucha y las necesidades de la situacion harán que se sobreponga Lutero á Melanchton, y que este sea como la pálida luna y el mustio reflejo de aquel. Pero, á cambio de semejante posicion secundaria, ¡qué dulzura llevará al amargor de la vida de Lutero, qué lágrimas derramará sobre sus tempestades, qué melodía tan delicada en medio de los arrebatos del combate y de los gritos discordes que resonarán por todas partes en aquella guerra de los espíritus, en la cual se esgrimen con tanto encarnizamiento las pasiones y las ideas!

CAPÍTULO XII

PRIMERAS LUCHAS DE LUTERO CON LOS CATÓLICOS

Los combates primeros entre el revolucionario y los católicos se empeñan en lo mas esencial, así á la tradicion como á la Reforma, en el criterio indispensable para el conocimiento seguro de la verdad religiosa. En toda ciencia metafísica, el principio de la doctrina consiste en la indagacion del criterio indispensable al conocimiento de las verdades científicas. Para Lutero, toda la verdad cristiana se contiene en las Santas Escrituras, y se allega con la consulta y la frecuentacion de su texto. Para los católicos, la verdad se contiene en las Santas Escrituras, lo mismo que para Lutero, mas se allega y se conserva por medio del criterio de la Iglesia, de su tradicion escrita y oral, de sus interpretaciones continuas en las cuales no ha dejado ni un minuto de estar vivo el Espíritu Santo. Hé aquí, pues, uno de los grandes disentimientos entre el mundo católico y el mundo protestante, disentimiento que durará todo el tiempo que duren las dos Iglesias. Eck es el primero en salir á la defensa del criterio católico, y en asegurar que no basta, no, un texto sencillo para el conocimiento de la verdad religiosa, sino que se necesita el comentario perpetuo de los Padres, la voz sagrada de los oráculos que llevan los Pontífices, la ciencia de los doctores, todo aquello que constituye el espíritu secular y la vida tradicional de la Iglesia. Jesucristo ha dicho á los apóstoles que nunca, jamás se apartaria de ellos; y entre ellos se asienta eternamente, y con ellos vive, y á ellos entrega su espíritu en la estrecha comunión que tiene establecida y anudada con su Iglesia. Al mismo tiempo que Eck, escribía Prie-

rio, uno de los mayores eruditos de la Iglesia, empapado en el aroma de los jardines de Florencia, amigo antiguo de los Médicis, platónico de esos que ponían al fundador de la Academia en la misma línea que al fundador del Cristianismo, idólatra de Leon X en el cual veía resplandecer la antigua República florentina, el sabio gobierno de los Cosmes y de los Lorenzos, el florecimiento de las artes, el principio de la pintura y de la escultura, todo aquello que había embellecido y agrandado los horizontes de la humana conciencia y los senos del humano espíritu. Lutero se volvía furioso contra todos estos mantenedores de la Iglesia, los insultaba con palabras soeces, les decía dicharachos tabernarios, les arrojaba cieno á la cabeza; y en medio de mil especies absurdas y de mil contradicciones ridículas, decía algunas ideas sublimes arrancadas á los senos de su conciencia personal que en esos momentos de trasfiguración se convertía por una especie de milagro en la humana conciencia

Leon X no se alteraba por ninguno de estos sacudimientos ni por ninguna de estas catástrofes. Parecía tan tranquilo en su apoteosis y tan ajeno al mundo cristiano, como cualquiera de las frias estatuas encontradas en las ruinas de Roma. Un Te-Deum universal ascendía hasta su trono; una tiara cincelada por los primeros artistas de la tierra brillaba en sus sienas; la gloria mundanal tejale toda suerte de coronas de laurel; y mientras la arquitectura moderna se alzaba en las construcciones de San Pedro, á su mandato la arquitectura antigua se descubría en los abismos de Roma á su conjuro; y mientras los pueblos muertos resucitaban de sus sepulcros ornados por Praxiteles y por Fidias, otros pueblos nuevos, desconocidos é ignorados hasta entonces, se mecían en esa inmensa cuna llamada América, recién descubierta á la sazón; juntándose de esta suerte los milagros del arte con los milagros de la naturaleza. En verdad necesitábase emplear un soberano esfuerzo para inclinarse desde aquel elevadísimo olimpo á este bajo mundo; y atender la voz de un fraile agustino, lanzada desde oscuro convento de Alemania, y oída en sus primeros vagidos por algunos escolares ligeros y algunos doctores soñolientos. Una escena de esta clase nos ha transmitido Aristófanes al pintarnos el pobre sofista tendido en su cama llena de chinches, amenazando con nubes de ideas vagas é indecisas á los dioses mayores, que tienen por

habitación el éter, por bebida el néctar, por alimento la ambrosía, por carros las nubes, por cetos los rayos, y que van, precedidos del íris y arrastrados por los vientos, al través de espacios infinitos, en cuya inmensidad apenas podía oírse la voz, que flaca y todo, helaba, no obstante su poquedad y su flaqueza, la sangre en aquellas venas cuyo licor prestaba como su savia á la Naturaleza y la conciencia, en aquellas almas cuyo soplo animaba y embellecía toda la tierra. Así Leon X estaba sereno, y no preveía la tormenta, creyendo en las horas de mayor apuro que bastaba una amenaza cualquiera ó un suplicio á lo Juan Huss y á lo Jerónimo de Praga para tener á raya la audacia de los reformadores y salvar en todos sus naufragios la nave de la Iglesia. Pero no había mas remedio que oír y atender al monje rebelde; porque el monje rebelde apelaba á su superior autoridad y pedía su soberano é inapelable juicio. Así exclamaba, dirigiéndose al Pontífice: «Emito proposiciones, Santísimo Padre, en forma de enseñanza, verdaderos enigmas presentados en estilo de Sibila. En verdad; de haber previsto el escándalo que iban á armar, pusiéralas con mayor sencillez al verdadero alcance de todas las inteligencias. ¿Qué hacer ahora? Retractarme, imposible. Y sin embargo, ¡cuántos odios he condensado sobre mi cabeza con la publicación de esas tesis! Héme aquí, mal de mi grado, entre un público hostil, entre doctores de opiniones contradictorias, yo, pobre monje, sin ciencia, ni ingenio, ni letras, en un siglo como el nuestro, pulido, brillante, y que bienhadado y feliz con los dones de sus genios literarios, reduciría el mismo Cicerón á silencio. ¿Qué quereis, Santísimo Padre? La grulla castañetea entre los cisnes. Para dulcificar, pues, el mal humor de mis adversarios, fantaseo ahí algunas especies, encaminadas á dar la explicación de mis tesis. Y deseando darles la mayor seguridad posible, las coloco bajo el patronato de vuestro augusto nombre, á la sombra protectora del trono de vuestra santidad; á fin de que sepan todos el culto y el respeto que guardo al poder de las llaves; y cómo se equivocan al inferirme los epítetos con que quieren denostarme. Si me pareciese al Lutero de mis enemigos, si en mis disputas hubiera desacato á la Santa Sede; el ilustre Federico, Duque de Sajonia, ¿hubiera sufrido semejante peste en sus universidades? Él, tan lleno de amor por la verdad católica, ¿hubiérame sufrido entre tantos hombres de piedad y de estudio? Vivificad,

matad, llamad, aprobad, reprobad; vuestra voz es la voz misma de Cristo que preside y habla en vuestra persona.»

No puede dudarse que ninguno de los hombres históricos representa en las edades el combate entre dos principios opuestos como este colosal y portentoso Lutero. Para comprenderlo, se necesita sufrir todo lo que él ha sufrido, y pasar por donde él ha pasado. Los sentimientos de un lado y las ideas de otro; la educacion revolviéndose contra el racionio; las creencias impresas en la primera edad rebelándose contra las creencias allegadas por la meditacion y por el estudio; la mitad del sér en pugna con la otra mitad; la mitad de la vida separada de la otra mitad de la vida; los instintos acechando á la conciencia, la voluntad incierta entre dos causas, el pensamiento suspenso entre dos afirmaciones, la idea individual volviéndose contra el torrente de los siglos, ¡ah! todos estos conflictos de una inmensa trascendencia talarán con sus espinas las sienas y amargan todo el ser del hombre con acerbos amarguras. El monje, el penitente, el asceta; el que habia pasado los dias mejores de su juventud en las paredes de un claustro; el que habia hecho de su cuerpo un cadáver de la tierra y de su alma una estrella del cielo, pugna dentro de sí mismo con el reformador, con el revolucionario, con el hombre nuevo de la nueva edad; y en estas pugnas nadie sufre como el que interiormente las empeña, verdadero é incruento mártir que ha consumido sus carnes, sus huesos, su sangre, toda su existencia, en una hoguera indescriptible, cuyas llamas atormentan y no matan. Así, nada tan natural, nada tan propio, nada tan llano como que Lutero, monje, se arrastrase á los piés del Papa, prometiéndole sinceramente una fiel obediencia, y Lutero, pensador, despues de haberse arrodillado y sin limpiarse el polvo de las rodillas, se irguiese á proclamar la revolucion abierta contra los Pontífices. Desde las cimas de una helada indiferencia; para las almas que no han sabido ni combatir ni penar; en el concepto de los entendimientos rectilíneos, segun los hombres de carne y hueso que no han sentido el calor de ninguna pasion ni se han exaltado en pro de ninguna creencia; nada tan condenable y punible como estas vacilaciones. Pero así son las grandes naturalezas; dobles como la naturaleza de los redentores; en algunos momentos mas que divinas y en otros momentos menos que humanas; y por lo mismo, con el singular ministerio de remover

el mundo y de renovar las sociedades, abrasando lo viejo en las llamas de su fuego interior y produciendo lo nuevo y creándolo con los arrebatos, con los deliquios, con los espasmos, con las exaltaciones, con las locuras, si se quiere, de su infinito amor.

Así como Lutero estaba incierto en el proceder, que debia seguir con Roma; estaba á su vez Roma incierta en el proceder que debia seguir con Lutero. Quién pedia la hoguera; quién la declaracion inmediata de hereje; quién el llamamiento inmediato á la capital del mundo católico; quién el juicio despues del llamamiento, la sentencia despues del juicio. Los mas benévolos creian que, llamando el monje á Roma, deslumbraríanlo fácilmente con el esplendor incomparable de la Ciudad Eterna. No iria en tal momento como la primera vez; no iria de oscuro monje, acompañado por cofrade insignificante para encontrar al término de su viaje, los sacristanes de unas cuantas iglesias, los porteros de unos cuantos monasterios, los guardadores de reliquias; iria á ver un Papa resplandeciente de espiritual esplendor, que sabria recibirlo con la histórica hospitalidad de los Médicis; se asentaria entre doctores ilustradísimos y capaces de escucharlo con atencion y de contradecirlo con dulzura; residiria en aquella capital que llevaba la triple corona del arte, de la religion y de la historia, y que concluiria por rendirlo y cautivarlo como rinden y cautivan á todas las almas grandes todas las verdaderas grandezas. Leon X no era, no, aquel furioso Julio II, que gustaba de esgrimir la espada y de mover los ejércitos; era el sereno Pontífice necesitado de una paz y de una calma completas para darse á la contemplacion y al goce de las artes. Así no queria castigar á un fray Martin, «dotado de clarísimo ingenio, y cuyos escritos entusiasmaban á Alemania; odiado solamente de algunos por mera rivalidad de convento.» Y como estaba en la naturaleza de Leon X el carácter de conciliador, apeló á la conciliacion; y para tentar la conciliacion trató de cautivar á Staupitz, el mayor amigo de Lutero y el que mas preciados favores le habia hecho en los momentos críticos de su agitada y azarosa existencia. Mas, para la conciliacion ó para la sumision, necesitábase una voluntad férrea, capaz de imponerse y de someter á Lutero. Staupitz no tenia tal voluntad. Luminoso de inteligencia, rico de erudicion, puro de costumbres, evangélico en su vida, pasábale á su naturaleza intelectual, que no percibia